LA CRUZ ~~vol. 36~~ (1956)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1956

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

OCT 30 2003

PER BR7 .C78

Cruz.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/lacruz3642miss_2

LA CRUZ

DE MAYO DE 1956

AÑO XXXVI

Monseñor Martínez

EN la madrugada del 9 de febrero, apaciblemente, sencillamente, como había vivido, se apagó la vida terrestre de Mons. Martínez, Arzobispo Primado de México...

Todavía no se secan las lágrimas con que todo el pueblo de México lo ha llorado y su recuerdo, lejos de borrarse, aparece cada día más vivo en los corazones al darse cuenta del vacío inmenso que ha dejado su partida.

Mientras vivió, no todos fueron sus admiradores, por desgracia. Como todos los hombres grandes, tuvo contradicciones, críticas, emulaciones, ingratitudes, que hicieron sangrar su corazón noble y leal. Es muy explicable: los huracanes nada pueden contra el musgo que se arrastra sobre la tierra, pero sacuden con furia y quisieran desgajar a las encinas excelsas.

Sin embargo, la muerte tiene el privilegio de calmar las pasiones, de serenar los ánimos, de rectificar los juicios. Pero aquí hubo algo mucho más elocuente e insólito: la muerte de Mons. Martínez se convirtió en un verdadero apoteosis. Desde la madrugada del jueves 9 de febrero hasta la tarde del sábado 11, *día y noche*, desfilaron ante sus restos mortales millares y millares de fieles, —sin duda que mucho más de un millón—, de todas las clases sociales, y de todas las ideologías; y todavía después de colocados sus restos en la cripta del altar de los reyes, fue preciso volverla a abrir para que, por varios días más, continuara el desfile interminable.

Presentaron sus condolencias desde la Santa Sede, el Presidente de la República, el cuerpo diplomático, varias colonias y naciones extranjeras, —aun la israelita—, hasta la gente más humilde que con lágrimas, tan sinceras

como espontáneas, regaron los despojos mortales del que para todos fue un verdadero padre.

Se reunieron para sus honras los principales Prelados de la nación y aun algunos extranjeros, especialmente el Cardenal Spellman que expresa y espontáneamente vino desde Nueva York.

En resumen: nadie recuerda que en toda la vida de México se haya dado el caso de un duelo semejante. Por eso, sin exageración, puede afirmarse que fue un duelo, no circunscrito a la Arquidiócesis de México, ni siquiera a nuestra patria, sino que traspasó nuestras fronteras y conmovió al mundo católico. Las condolencias recibidas vinieron de todo el mundo.

* * *

Las Obras de la Cruz —especialmente las Religiosas de la Cruz y los Misioneros de Espíritu Santo— tienen con él una deuda inmensa. Fue un protector decidido que nunca se avergonzó ni de nuestra pequeñez y miseria, ni de proclamarlo públicamente, sin tener en cuenta, —a pesar de su prudencia—, los muy explicables disentimientos y censuras.

Sobre todo, nadie como él tuvo misión de Dios para penetrar en la doctrina de la Cruz: sus obras, las publicadas y las inéditas, lo demuestran con certeza absoluta.

Y no sólo conoció ese espíritu, sino que se lo asimiló plenamente y lo vivió en toda su rica perfección. No es por tanto una jactancia ridícula, sino un favor de cielo que debemos reconocer para agradecerlo, afirmar que fue uno de los miembros más distinguidos de las Obras de la Cruz. Afirmación que, como lo demostraremos más tarde, va más allá de lo que a primera vista pudiera parecer.

Quizá no falten quienes juzguen que exageramos; a los que así piensen les rogamos que esperen un poco y presentaremos las pruebas.

Otros juzgarán que era mejor guardar esto como un secreto de familia; pero, si él no se avergonzó de nosotros, ¿por qué nosotros no nos hemos de gloriar santamente de él? No perseguimos ningún fin humano, ni privilegios, ni honra, ni estimación, ni justificar con ello nuestras deficiencias y miserias; sólo reconocer agradecidos un favor gratuito del cielo: "Bueno es guardar los secretos del rey,

pero es glorioso revelar las obras de Dios. Etenim sacramentum regis abscondere bonum est: opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est (1)''.

* * *

Pero esta deuda de gratitud tiene visos especiales tratándose de nuestra revista: él la prestigió, él la hizo valer lo que vale; y estas páginas fueron el instrumento providencial por medio del cual Mons. Martínez fue conocido de todo el mundo de habla española y aun de otras naciones.

Contaba que al llegar a Jerusalén, en uno de sus viajes a Tierra Santa, apenas había entrado a la habitación donde lo hospedaron, cuando llamaron a su puerta. Le entregaron una tarjeta en la que unas religiosas lo invitaban para hablar con ellas. Lo conocían por ''La Cruz'' y casualmente supieron que acababa de llegar. ¡Y en cuántos otros lugares le pasó cosa semejante!

Fue el gran colaborador de ''La Cruz'' desde su nacimiento, en enero de 1921. Y durante más de 35 años han aparecido en ella, mes con mes, artículos de Mons. Martínez, de donde se han formado sus obras. Y todavía pasarán años —lo esperamos así— sin que falte su colaboración con sus escritos inéditos. De esta manera se podrá decir: *''defunctus adhuc loquitur. A pesar de haber muerto, nos sigue hablando''.*

No será ya aquella palabra tan llena de fuego sagrado y de unción santa, pero serán sus mismos pensamientos tan profundos, tan originales y que tanto bien han hecho y siguen haciendo a las almas.

* * *

El verdadero biógrafo debe estar casi a la altura de su biografiado, para que lo comprenda y pueda presentar su verdadera fisonomía; de otra manera no pueden resultar sino biografías cursis, como por desgracia hay numerosas.

Siendo esto así, pasarán muchos años antes de que aparezca el que ha de escribir la vida de Mons. Martínez.

Pero las almas están ávidas de conocer, no tanto al hombre público, como al hombre íntimo, al hombre interior, al santo. Y si Dios nos presta vida y fuerzas, tenemos

el propósito —como un postrer homenaje filial a su memoria—, de escribir una semblanza de Mons. Martínez desde el punto de vista de su vida interior, dejando que él mismo hable, que él mismo revele las riquezas espirituales y los dones del cielo que celosamente guardaba ocultos en su alma bajo el velo de una vida sencilla y natural, de un carácter festivo y humorístico, que algunos —con mirada miope— tacharon de superficialidad y ligereza... ¡Ojalá que el próximo mes podamos iniciar nuestro trabajo!

Mas, desde ahora, consagramos a su santo recuerdo este número; para lo cual, lo llenaremos totalmente con páginas suyas hasta ahora inéditas (2), que nos revelarán algo de su múltiple y riquísima personalidad.

---

(1) Tob., XII, 7.—(2) Rigurosamente hablando no todos los artículos de este número son inéditos; pero los que se publicaron tuvieron una publicidad muy restringida y local.

* * *

Mons. Martínez y su devoción a María

Para formarnos alguna idea de la devoción de Mons. Martínez a la Santísima Virgen, —ahora que estamos en el mes de mayo—, ofrecemos a nuestros lectores un fragmento del discurso que pronunció cuando la Santa Sede nombró patrona de Michoacán a la Santísima Virgen bajo la advocación de la Salud.

No es sólo de un interés local; hay en él páginas de una poesía encantadora y de una piedad tan tierna que conmueven hondamente.

* * *

"Bajo el manto azul de María nacimos; de la dulzura de sus ojos hemos vivido y la esperanza nuestra, indestructible y honda, está en la plegaria de sus manos siempre unidas.

¿Sería que nuestra pequeñez exigía el calor de un regazo materno? ¿sería que nuestra miseria necesitaba un ambiente de pureza? ¿sería que la lucha cruel de nuestra historia requería el poder de la Virgen victoriosa? ¡Quién puede sondear el misterio de la predilección! Lo cierto es que nosotros nacimos al amparo de María Inmaculada; el manto de estrellas de la inmaculada de Guadalupe cubrió con la majestad de sus pliegues la Patria Mexicana, la fragancia de las rosas del milagro se esparció por nuestro territorio, llevando el perfume de pureza de María y el buen olor de Cristo, y sobre la gloria del Tepeyac se levanta la imagen dibujada por los ángeles, coronada por los hombres y constituida por Dios mismo Soberana de México.

En el mismo regazo nació Michoacán. Su cuna se meció aquí, en esta ciudad legendaria, embalsamada con el aere perfume de sus bosques, ungida por la suave poesía de su lago azul, encantadora en sus calles misteriosas, que parece guardar un recuerdo debajo de cada uno de sus graciosos aleros rojizos y un secreto en cada uno de sus balcones historiados. Nosotros te amamos, ¡Pátzcuaro!, como se ama el rincón donde nacimos, porque en ti nació nuestra Patria chica; como se ama la tierra bendita que guarda las cenizas de nuestros mayores, porque tú guardas los huesos venerados de D. Vasco; como se ama el dulce nido que encierra el calor y la ternura y las caricias de una madre; porque tú posees el tesoro de la Madre nuestra.

Michoacán nació en el regazo de la Inmaculada. El hombre extraordinario que dio vida a nuestro pueblo, aquel coloso que supo sentir en su corazón inmenso el alma de una raza y echar las bases hondísimas de una nueva civilización, al modelar con sus manos creadoras el pueblo michoacano adivinó, en el abismo de nuestros ojos, el abismo de nuestros destinos y nos vio tan pequeños, tan tristes, tan perseguidos, que pensó que nuestros rostros melancólicos necesitaban caricias, que nuestra pequeñez exigía calor maternal y que nuestro espíritu, rico en anhelos y esperanzas, necesitaba para florecer el ambiente de pureza y de amor del regazo de la Inmaculada. Y llamó a la Reina del cielo para que fuera nuestra Reina, y llamó a la Madre de Dios para que fuera nuestra Madre, y en el transcurso de los siglos el alma de nuestra raza reflejará la pureza y la dulzura de María, como el lago espléndido refleja el blanco y el azul de su manto majestuoso.

Hace más de tres siglos que nosotros bebemos la dulzura inefable que mana de los ojos virginales de María. Esa unción santa se difundió en nosotros durante el largo y sosegado período de nuestra vida colonial, formando el espíritu de Michoacán profundamente cristiano; y cuando corrieron los años azarosos de nuestra vida independiente, salpicados de sangre y de tristeza, la luz de esos ojos celestiales derramaron suavidad de consuelo sobre las almas desoladas y óleo de fortaleza sobre los espíritus siempre perseguidos y siempre victoriosos.

¿No fue del manantial divino de esos ojos del que bebió la dulzura de su palabra y la férrea entereza de su carácter D. Clemente de J. Munguía? ¿No fue el sol de esa mirada el que bañó con gloria de esplendor el largo y fecundo apostolado de D. José Ignacio Arciga y tiñó con suave claridad crepuscular los últimos días, grandes y melancólicos como el atardecer de un día espléndido, de aquel inolvidable Pontífice que dejó su recuerdo y su corazón en la corona de la Inmaculada de Michoacán?

¿No fue el fulgor de esos ojos, siempre claros y serenos, el que bañó el alma cándida y ardiente de D. Atenógenes Silva, fundador de la Colegiata de la Virgen Santísima de la Salud?

Y ¿no es verdad, Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Michoacán, a quien cupo la gloria del acontecimiento que celebramos hoy, que desde la lejanía del destierro volvíais vuestros ojos, ávidos de consuelos a estos ojos tiernísimos y que año por año veníais a esta cuna de nuestra Iglesia para buscar en esa fuente inagotable de dulzura, la luz de vuestro espíritu, siempre prudente, la paz de vuestra alma, siempre serena, y la suavidad de vuestro carácter siempre dulce?

Y nosotros también, todos los Michoacanos, cuando venimos a esta Basílica que guarda el corazón de la raza, que es el cálido hogar de nuestras almas, que es la casa solariega de nuestra fe, nos sentimos transfigurados por la caricia de esos ojos maternales y huyen del corazón las sombras de nuestras tristezas ante la aparición triunfal de la aurora divina y se truecan en dulzura nuestros dolores íntimos, y nos sentimos felices, y nos sentimos fuertes, y nos sentimos michoacanos bajo el peso de nuestras tradiciones gloriosas y bajo la mirada dulcísima de la Madre común.

* * *

Pasarán estos días de júbilo, como pasa todo sobre la tierra, arrastrado por el rápido torbellino del tiempo; el porvenir irá descubriendo uno a uno sus misterios indescifrables.

¿Qué será de Michoacán? ¿Seguirá nuestra raza ocultando bajo la paz y la melancolía de su rostro el ave inquieta que canta allá dentro endechas de amor e himnos de triunfo? ¿Conservará nuestro pueblo los tesoros de su fe robusta, de su piedad legendaria, de su nobleza nativa? O ¿sobre nuestro suelo, radiante de belleza, se perderá el recuerdo de nuestras tradiciones seculares y gentes sin Dios, sin Patria y sin honor vendrán a profanar todo lo que amamos?

¡Quién lo sabe! El porvenir es un abismo pavoroso; pero ¿no miran vuestros ojos brillar entre las sombras del futuro, como un campo de nieve sobre oscura montaña, la blancura de dos manos unidas que se elevan al cielo en plegaria inmortal?

Y nadie las podrá separar jamás, porque las ha unido el amor que es más poderoso que la muerte. En el hueco de esas manos anida el ave de nuestra esperanza, porque ellas simbolizan la oración de María por el pueblo michoacano. Mientras estén unidas, mientras se eleven hacia el cielo, descenderán sobre nosotros las bendiciones de Dios.

Pasará todo, porque esta es la ley implacable de las cosas humanas; pero sobre la vorágine de los siglos, sobre las ruinas humeantes de lo perecedero, se levantará siempre, viviente e inextinguible, el misterio de amor de esas manos unidas, que no pasa, que no se marchita, que no muere, porque es divino.

* * *

¡Michoacán!, ¡dulce patria de mi alma! ¡reposa tranquila sobre los flancos de tus montañas gigantescas, al suave arrullo de las ondas de tu lago y al rumor armonioso de tus bosques umbríos! No temas; ante los misterios tenebrosos del porvenir, sonríe dulcemente con la sonrisa angélica del niño que vive en el regazo materno; tú vives también en un regazo divino; hay una Madre celestial que te ama, que te guarda, que te arrulla y que entre los ósculos ardientes de sus labios purísimos y las suaves caricias de sus manos augustas te dice que esperes, porque ella es la Esperanza.

¡Vida, dulzura y esperanza nuestra! Es el cántico que,

arrancado de las entrañas de la humanidad, se lanza a las alturas desde hace muchos siglos como la plegaria del destierro, melancólica y ardiente, que busca en la Patria a la Virgen María.

¡Vida, dulzura y esperanza nuestra! Es el grito de amor de la tierra michoacana hacia la Virgen de la Salud que está escrito en nuestros anales, que brota de nuestros corazones; es el himno que cantan nuestros bosques en la gloria de la alborada, que se dilata en nuestras campiñas en la dulzura del atardecer, que parecen esculpir las estrellas sobre los cristales del lago en las noches luminosas.

Y es tan dulce, tan fuerte, tan hondo ese clamor secular de nuestra raza, que sus ondas sonoras traspusieron el océano y llegaron a las plantas augustas del Vicario de Cristo, y el Papa les abrió su corazón de Padre, y puso en ellas algo divino que solamente él puede poner sobre la tierra; y en adelante no será únicamente el clamor de nuestra historia y de nuestros corazones, sino que será la voz de la Iglesia; y en las solemnidades del sacrificio y con los acentos divinos de la liturgia, entonaremos el himno dulcísimo: ¡Vida, dulzura y esperanza nuestra!

Se realizarán los sueños que acarició mi alma sobre las riberas del lago bellísimo. Por la fuerza de nuestro amor filial y la eficacia divina de la palabra del Pontífice, María Santísima de la Salud reinará para siempre sobre la tierra bendita de Michoacán; todas las generaciones, cansadas e inquietas, vendrán a Ella en busca de consuelo y de paz, y en el transcurso de las edades, Ella no se apartará jamás de su trono inconmovible, ni se cansará jamás de abrigar a sus hijos bajo los pliegues inmensos de su manto azul, ni sus manos juntas interrumpirán la plegaria por su pueblo, ni cesará de brotar de los divinos manantiales de sus ojos la dulzura que tiempla la tristeza secular de nuestra raza..."

* * *

Mons. Martínez, director de almas

Mons. Martínez se distinguió como director espiritual; ¡cuántas horas pasó en el confesonario! ¡cuántas cartas escribió de dirección —por millares— no sólo a las almas de

elección que Dios puso en sus manos, sino aun a las almas al parecer más insignificantes!

Para él, como para San Francisco de Sales, un alma era una diócesis bastante grande para un obispo.

He aquí el fragmento de una carta en que señalaba a su dirigida cuál era su camino.

* * *

"Yo tengo para mí que todas las almas a quienes Dios quiere conducir hasta los extremos del amor y de la santidad, participarán en una forma o en otra, de esos diversos aspectos de la celestial transformación.

Pero así como las estrellas del firmamento todas llenan de luz y encanto nuestras noches, pero cada una tiene su propio brillo, su peculiar matiz, su colorido característico; así los elegidos todos son Cristo; pero cada uno de ellos tiene su manera propia, característica de imitar ese Modelo inagotable, de reproducir esa belleza arcana. Todos pueden pronunciar las palabras del Apóstol: "*Vivo ego iam non ego, vivit vero in me Christus*"; pero estas palabras toman en los labios de cada uno peculiares matices; Cristo vive en todos, pero no en todos vive de la misma manera.

¡Qué espectáculo el de los cielos! Allí no se verá más que a Cristo; porque el Padre no se complace más que en su Verbo; porque nada le glorifica sino su Cristo. María es Cristo; Pedro es Cristo, Francisco es Cristo; el último de los predestinados es Cristo. Allí existe la unidad perfecta. Pero ¡qué rica variedad! En unos esplende el candor de la pureza, en otros brilla la púrpura del martirio; éstos imitan a Cristo niño; aquéllos, a Cristo víctima: todos los rasgos de la fisonomía de Jesús están allí reproducidos; todos sus misterios renovados. La vida mística de Cristo es la reproducción de su vida real; la historia de la Iglesia es la renovación del Evangelio; el cielo, la perfecta consumación de las dos vidas, de los dos evangelios. San Pablo lo ha dicho: "*Omnia et in omnibus Christus — Todas las cosas y en todas las cosas, Cristo*".

Cúpole a Ud. en suerte imitar al Cristo oculto, al Cristo íntimo, a ese Cristo tan lleno de encanto y de misterios, a ese Cristo tan desconocido de los hombres.

Francisco de Asís naciendo en un pesebre, eligiendo doce compañeros para transformar al mundo; Francisco

de Asís desposándose con la santa pobreza, ostentando en su cuerpo los sagrados estigmas de Jesús por la transformación maravillosa del amor; Francisco de Asís es Cristo, el Cristo público, el Cristo tangible, el Cristo que enseñó sobre la montaña, el Cristo que levantado en la Cruz a la faz del mundo lo atrajo a sí.

Pero Cristo tiene otro aspecto, quizá más encantador, quizá más profundo, quizá más divino: su vida interior, oculta, secretísima; aquella vida que Juan presintió en el Cenáculo al reclinarse sobre el pecho de Jesús, aquella vida que María conoció en maravillosa medida en sus inefables comunicaciones con Jesús; aquella vida que es como la parte reservada de Dios.

Este Cristo íntimo no es solamente el Cristo de Belén y el Cristo de Nazaret, no, es también el Cristo de la vida pública, el Cristo del Tabor y de Getsemaní, el Cristo del Cenáculo y del Calvario. Este aspecto íntimo de Jesús campea en todas las escenas de su vida, en el fondo íntimo de todos sus misterios. Su vida exterior, por grande, por maravillosa, por divina que sea, no es más que una pequeña (en cuanto esto puede decirse) manifestación de su vida íntima, la floración de esta planta, el esplendor de esta luz, las ardientes irradiaciones de este fuego celestial.

Yo tengo para mí que el misterio del Corazón de Jesús, revelado en estos últimos tiempos, es el misterio de esta vida interior, amorosísima y dolorosísima, y por consiguiente este misterio del Corazón de Cristo es el aspecto profundo de todos los misterios de Jesús, en cierto modo, el misterio de sus misterios.

Y la Eucaristía, que condensa y perpetúa todos los misterios de Cristo, encierra éste de manera especialísima y quizá por éste contiene a los demás. ¡Oh, sí, el Cristo de la Eucaristía es por excelencia, el Cristo íntimo y oculto, el Dios escondido...!"

* * *

Mons. Martínez, orador

Mons. Martínez fue un orador de primera calidad, —quizá uno de los mejores de su época—, que recuerda a Bossuet y a Lacordaire por su elocuencia y a Mons. Gay

por su unción espiritual y santa. Léanse sus dos sermones en el Congreso Eucarístico Nacional de 1924 (3), el sermón en el IV centenario de las Apariciones del Tepeyac, el sermón del cincuentenario de la coronación de Nuestra Señora de Guadalupe (4), sus Oraciones fúnebres (5), etc., etc.

Y ésta es una palabra muerta: ¡imposible reproducir aquel fuego contagioso, aquel entusiasmo que hacía vibrar las almas, aquella unción que conmovía los corazones! Lástima que no se conserven los que pronunció en las fiestas guadalupanas de Madrid, en Nuestra Señora de París y en Valladolid (España).

Ofrecemos aquí un fragmento de una alocución pronunciada en la velada con que celebraron los 25 años de Pontificado de Mons. Leopoldo Ruiz.

* * *

"Gozaba de mis años mozos trepando a las cumbres de las montañas, ávido de luz y de serenidad o hundiéndome en el seno de los bosques bravíos henchidos de misterio. ¡Cuántas veces recostado en una ladera de esmeralda, mirando brillar como un hilo de plata el agua cristalina en lo hondo del barranco y aspirando la fragancia de las sencillas flores montañesas, sentí en mi alma la gigantesca sinfonía de aquella naturaleza magnífica y salvaje!

Era indescriptible e inimitable.

Diríase que todos los sonidos de las cosas se habían fundido en prodigiosa armonía. Era el ulular del viento en las cimeras de los pinos excelsos; el crujir de los troncos robustos al mecerse; el murmurar misterioso del agua al correr en los barrancos; eran los ecos acompasados de un hacha que golpeaba; los cantos libres y sonoros de las aves jubilosas, el zumbido soñoliento de millares de insectos, el ruido de las hojas muertas sobre las que se arrastraban los reptiles cautelosos; eran otros sonidos múltiples y variados cuyo origen ignoro, cuyo nombre desconozco, pero que sentía mi alma en la mágica sensibilidad de aquellas dulces horas.

Ninguna disonancia en el himno grandioso; ningún contraste rompía la unidad de aquella sinfonía tan sencilla como majestuosa.

¿Habrá algún genio que pueda encerrar en una fórmula todo lo que dice la naturaleza cuando canta?

* * *

Impresión análoga a aquellas inolvidables de mi juventud siente mi alma en estos instantes solemnísimos.

Otra sinfonía espiritual más grande, más honda, más dulce y más fuerte resuena dentro de mí y no cabe en mi pecho: brota de todos los ámbitos de la Iglesia Michoacana, la forman las voces de millares de católicos fundidos en la divina unidad del amor, la más perfecta que existe en los cielos y en la tierra.

¿No la oís, Excelentísimo Señor Arzobispo de Michoacán? Es la voz angélica de los niños que os quieren porque los acarieíais y bendecís; la voz de los huérfanos para quienes sois padre, la voz de los pobres a quienes evangelizáis; es la voz de los sabios de los que sois Maestro y la voz de los pequeños de quienes sois guía; es la voz de los que habéis amado y la voz de los que habéis perdonado; es la voz de los sacerdotes que os miran como Padre y la voz de muchos Obispos que, al recibir de vuestra mano lo divino del sacerdocio, recibieron de vuestro corazón el calor de vuestro cariño y el tesoro de vuestros ejemplos; es la voz de las almas que os miran como a Cristo y la voz de Jesús, también la suya, divina y dulcísima, que os bendice y os ama, y que bastaría por sí sola para llenar vuestra alma, porque es la voz de Dios.

Contemplo en lo íntimo de mi alma el orfeón inmenso que canta, la multitud incontable que forma vuestro cortejo agradecido en los 25 años de vuestro Pontificado fecundo. Solamente la mirada de Dios los cuenta; solamente sus labios pueden pronunciar los nombres de todos; solamente su Corazón puede sondear ese abismo de amor.

Siento la gloria y la tortura de ser en estos instantes el portavoz de vuestros hijos de Michoacán; sufro la pena dulcísima de llevar en el alma lo inefable. Siento que en mi corazón palpitan millares de corazones y que en mi garganta pugna por brotar la armonía gigantesca de millares de voces; pero, ¿habrá algún genio que puede expresar lo que dicen las almas cuando aman?...

Plugiera a Dios que el tema que ondula majestuoso en la gran sinfonía espiritual de vuestra Iglesia, que palpita en las almas innumerables de vuestros hijos pudiera esbozarse, ya que no por mí, por los que van a hablaros en esta solemnidad, por la dulce y exquisita elocuencia que hace tiempo cautiva en esta ciudad los corazones, por la palabra entusiasta y gloriosa que los años no han po-

dido vencer, por la poesía que tiene brillo y perfume de primavera y por el verbo cálido de briosa juventud.

Oídlos, Monseñor, y recibid el cariñoso homenaje; pero sabed que lo más exquisito, lo más dulce, lo más valioso que guardan para Vos los corazones de vuestros hijos nadie os lo dirá, nadie os lo puede decir; porque esta es la gloria de las almas: lo mejor que hay en ellas no cabe en los moldes groseros del lenguaje humano, porque es divino..."

* * *

Veamos en fin un discurso en la distribución de premios del Seminario (27 *de septiembre de* 1922) *donde fue rector muchos años.*

"Hace poco tiempo vi correr bajo mis plantas un río caudaloso. Venía de muy lejos; en su largo camino había abierto muchas veces su seno al caudal de sus afluentes y, enriquecido con los tesoros de muchas regiones, se despeñaba impetuoso con sus linfas cristalinas, coronadas de espuma, modulando un arrullo misterioso que parecía un lamento, un suspiro, la fórmula arcana de hondo y gigantesco anhelo.

Me pareció el emblema de las instituciones humanas, que vienen de la lejanía del pasado, que se van enriqueciendo con la herencia de las generaciones y que, saltando por el abrupto cauce del tiempo, corren hacia la eternidad murmurando no sé qué cántico indescifrable de anhelo y de esperanza.

Este Seminario es así. Ha dejado por las riberas que regó, la fecundidad y la vida: va hacia Dios agitado por un aliento impetuoso e indomable, y lleva en su amplio seno cristalino la riqueza de las generaciones.

En él pusieron su alma los viejos Prelados de la época colonial, su alma robusta, su alma española, rejuvenecida por las auras virginales de América, inflamada por el sol de estas regiones.

Por nuestras aulas pasó dejando un destello de gloria el Libertador de México, D. Agustín de Iturbide, que en un día como éste nos dio Patria y que brilla en el firmamento de nuestra historia nimbado con la triple aureola del valor, del genio y del martirio.

En el seno de esta institución palpita aún el alma inmensa de Don Clemente de Jesús Munguía, de aquel

prócer que fue león para defender los derechos de la Iglesia y divino ruiseñor para cantar.

Por aquí pasó D. Agustín Abarca, orador y filósofo, que puso en nosotros un sello que no se ha borrado aún. Apenas le conocí siendo yo muy niño, pero lo adivino porque llevo en mí algo suyo. Sus ojos miraban muy alto, su corazón sentía hondamente y su alma, sencilla y soñadora, hecha para lo absoluto, se avenía muy mal a los tortuosos y prosaicos senderos de este mundo.

Por más de treinta años se posó en este Seminario el espíritu robusto del Ilmo. Sr. Arciga, segundo padre de la Iglesia Michoacana; porque, si el glorioso D. Vasco la fundó uniendo en su corazón dos razas nobilísimas, D. José Ignacio Arciga la salvó de horrendo diluvio en el area solidísima de su prudencia.

Impetuoso y ardiente, como un hálito de progreso, sopló sobre la vieja institución de los mayores, muy sólida pero cubierta ya de la pátina del tiempo, el espíritu del Ilmo. Sr. Silva, ingenuo como un niño, generoso en demasía, y adorador ferviente de todo lo moderno.

Tuvo un colaborador inimitable, cuyo nombre pronuncio con respeto y amor, como pronuncia un hijo el nombre de su padre, el Ilustrísimo Señor Banegas, actual Obispo de Querétaro, que modeló este Seminario a imagen y semejanza de su alma, firme, ilustrada, cultísima, en la que parecen fundirse la tradición y el progreso.

Como digno remate de nuestras glorias, Dios nos ha otorgado un pontífice según su corazón, que con su criterio amplísimo, su alta prudencia, su sencilla audacia, su virtud acrisolada y su serenidad heroica, salvó al Seminario de la última catástrofe, le infunde sin cesar espíritu y vida, y le señala el rumbo de gloriosas esperanzas.

Nosotros también, —¿por qué no decirlo?—, los que estamos al frente del Seminario, ponemos en la herencia de nuestros mayores el escaso caudal de nuestras almas, ponemos lo nuestro, nuestros sudores, nuestras lágrimas, la ternura de nuestro corazón.

Y así, enriquecido con el caudal de tantos ríos cristalinos y fecundos, pasa hoy ante vuestras plantas, Excelentísimo Señor Delegado Apostólico, el Seminario de Michoacán, con sus ondas sacudidas por el huracán, pero siempre limpias y coronadas de espuma blanquísima, corriendo sin detenerse hacia Dios y modulando, como un arrullo misterioso, el cántico de las generaciones, el cán-

tico de los recuerdos y de las esperanzas, el cántico que ha resonado hace veinte siglos, el que cerrará el tiempo y abrirá la eternidad: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!*

Dignaos, excelentísimo Señor, dirigir una mirada a esta institución para mí tan querida; yo os señalaré las líneas de su sencilla arquitectura, y os mostraré su espíritu y os descubriré sus anhelos.

* * *

Para saber lo que es un Seminario, sería preciso saber lo que es un sacerdote, y el sacerdote es un misterio que, según la expresión felicísima del B. Cura de Ars, solamente conoceremos en el cielo, porque si lo supiéramos en la tierra moriríamos, no de temor, sino de amor...

El sacerdote, como lo enseña la tradición cristiana con frase lapidaria, es otro Cristo. Formar sacerdotes es formar a Cristo, es reproducir el misterio de Belén.

Pero, aquella noche venturosa en que los ángeles anunciaron al mundo la paz fue preparada por los siglos. Los grandes imperios de la antigüedad, cumpliendo sin saberlo los designios de Dios, van legándose uno a otro su herencia de civilización y poderío, para formar el gran imperio, para preparar la ciudad inmortal, donde se yergue el trono imperecedero de Cristo. Mejor que el Poeta, nosotros comprendemos la clásica expresión que es como una epifonema de la historia antigua:

"*Tantae molis erat romanam condere gentem!* (6)"

Y mientras se preparaba el poderío de Roma, en un rincón de la Palestina un pueblo predestinado oía palabras arcanas y contemplaba figuras henchidas de esperanza, que se dirían vagos esbozos con los que el artista divino ensayaba su obra maestra, la dulce y majestuosa figura del Cristo.

Así se preparó el misterio de Belén y así se prepara el misterio del sacerdocio.

La ordenación sacerdotal es rápida y fugaz como fue rápida y fugaz la noche de Belén, porque Dios es quien obra.

El pontífice pone sus manos sobre la cabeza del electo, vierte óleo sagrado sobre aquellas manos formadas para bendecir; y el ungido se transforma: su corazón se hace inmenso, como el de Jesús, su espíritu se levanta del polvo de la tierra para vivir en las alturas, y los ángeles ento-

nan el cántico misterioso, porque ha vuelto a nacer el Cristo.

Pero largos años de preparación han de preceder la escena divina.

El sacerdote lleva en su espíritu la luz que alumbra el mundo, el misterio del Cristo, el único que quería saber San Pablo.

Para que la inteligencia del sacerdote pueda comprender el misterio del Cristo y sus labios expresarlo dignamente y su alma vivirlo, es indispensable la formación de largos años de estudio.

La base primera de esta formación son los idiomas clásicos que encierran en sus formas cinceladas y cristalinas los tesoros de la antigua civilización que preparó a Cristo. No ha encontrado la pedagogía recurso mejor para desarrollar las facultades humanas que modelar las inteligencias juveniles en esas formas henchidas de belleza y de luz. La Iglesia misma, para expresar sus verdades altísimas, para entonar su eterno epitalamio, tomó las formas clásicas, cambió en ellas algo de su estética rigidez para darles la flexibilidad de la vida, para infundirles unción y espíritu, y formó el latín eclesiástico, menos puro, pero quizá más humano y sobre todo más divino que el de Cicerón.

Coronamos el estudio de los idiomas clásicos con el de la literatura. Amamos la forma, porque conocemos su lazo estrechísimo con la verdad, porque aspiramos a decir a los hombres dignamente el misterio del Cristo. Con un insigne Rector de este Seminario proclamamos: *"la forma esclava, la razón señora"*; pero, guardando incólume la supremacía del fondo, quisiéramos que la forma fuera como el traje rico, sencillo y transparente de la verdad, que dejando adivinar las formas se plegara a ellas maravillosamente y les añadiera gracia y decoro y belleza.

Pero la razón ha de ser señora; por eso en nuestro plan de estudios concedemos amplio campo al estudio de las ciencias, de esas ciencias de que se muestra ufana la civilización actual. ¡Si las ciencias son revelaciones del Verbo, prototipo divino de las cosas, fuente inagotable de toda verdad! ¡Qué dulce es descubrir a través del orden del mundo el principio eterno de unidad que brilla en el seno de Dios! ¡Qué hermoso adivinar a la Sabiduría infinita en la luz del firmamento, en el rumor eterno del océano, en el perfume de las flores, en la majestad de las

montañas, en el seno de la vida, en los arcanos del pensamiento, en los misterios del amor!

Todas las cosas que las ciencias estudian nos hablan de El, del Verbo; con lenguaje prodigioso nos repiten sin cesar lo que el gran místico español tradujo diciendo:

"Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura".

Para comprender mejor el himno del universo, que, como dijera Platón, es una lira inmensa que canta alabanzas al SER, es preciso subir por los peldaños de las ciencias, a la cumbre excelsa de la filosofía, A ella subieron los grandes genios helénicos que fueron como precursores del Evangelio. La Iglesia tomó en sus manos creadoras aquellos viejos tesoros de sabiduría, como había tomado las formas clásicas de la antigüedad; los purificó, los amplió, los engrandeció e hizo de ellos el regio trono del Cristo, poniendo sobre el pedestal de la filosofía aristotélica cristianizada, la sublime síntesis teológica, que expone en toda su majestad el misterio del Cristo.

* * *

Vosotros sabéis, Señores, que un genio realizó estas maravillas en el siglo XIII, un genio que ocupa en este Seminario un lugar de honor, SANTO TOMAS DE AQUINO, a quien veneramos profundamente y amamos con todo nuestro corazón.

Tuvimos la suerte de que antes de que la voz magistral de León XIII, en su encíclica luminosa *"Aeterni Patris"* mostrara la doctrina de Santo Tomás como la única salvación doctrinal del mundo moderno, ya este Seminario había abrazado con amor la doctrina sublime, que, como un timbre de gloria, guarda incólume hasta hoy.

Completan esta primera preparación del seminarista los estudios históricos. La Historia es la experiencia de la humanidad, por ella sondeamos el corazón del hombre, por ella adivinamos el corazón de Dios; pues Dios y el

hombre se unen para formar la trama complicadísima de los acontecimientos humanos.

En el centro de la Historia está Cristo, Cristo viviente, Cristo inmortal: llena la historia antigua como una esperanza; campea en los veinte siglos cristianos como divina realidad: se le ama y se le odia, se le bendice y se blasfema de El: en torno suyo se agitan los hombres y los pueblos; pero en medio de las seculares vicisitudes humanas, se yergue el Cristo como el rey inmortal de los siglos, constituyendo El solo, el profundo, el único sentido de la Historia humana.

Omnia et in omnibus Christus, ha dicho San Pablo con admirable exactitud. Cristo es todo y en todas las cosas está Cristo. La literatura lo canta, la filosofía lo revela, la historia lo glorifica.

Y por estos tres senderos, que pudiéramos llamar los senderos humanos de Jesús, sube el futuro sacerdote a la cumbre del Tabor donde contempla la transfiguración doctrinal del Cristo. Las disciplinas eclesiásticas nos muestran a Jesús viviente y luminoso. La Escritura nos hace oír la voz de Jesús, dulce como una mirada de Dios, santa y fecundísima, porque es una efusión de vida eterna. La teología, la gran síntesis doctrinal de la Iglesia, como nube luminosa, nos revela el misterio del Cristo templando su esplendor para que no nos ofusque. La liturgia, con su regio simbolismo y su cortejo de perfumes y de cánticos, descubre a nuestro corazón los místicos senderos para entrar en comunión con Jesús; y cuando el alma arrobada por las maravillas de la espléndida teofanía exclama como el Apóstol: *"Bonum est nos hic esse,* ¡qué bueno es permanecer aquí!", está ya preparada para recibir la misión apostólica, para escuchar de los labios sagrados el *"ite et docete, id y enseñad",* que forma al apóstol.

Alto es el ideal y cumple a la humana miseria contemplarlo de lejos. Cuánto nos hayamos acercado a él, vos lo podéis decir, Ilustrísimo Señor Arzobispo de Michoacán, que habéis presenciado nuestros exámenes y asistido a nuestros concursos.

* * *

Pero el sacerdocio no es solamente un misterio de luz,

sino también de amor. El corazón del sacerdote debe ser como el Corazón de Jesús, tan amplio que pueda caber en él el mundo, tan alto que cuando diga a los fieles: *sursum corda,* esté ya en las alturas; tan hondo como un abismo, tan puro como un ángel, tan generoso que se dé constantemente sin medida. ¿Cómo podrá transformarse en un corazón así, en el corazón de Cristo, el nuestro tan mezquino, tan egoísta, tan versátil, tan terreno?

Yo no conozco más que dos artífices del Corazón de Jesús: *el Espíritu Santo y la Virgen María.* Para recibir las santas efusiones del Paráclito, único que puede crear en nosotros ese corazón nuevo, necesitamos entrar en el Corazón purísimo de la Virgen María. Por eso el sacerdote debe amarla tanto, por eso esa devoción tan dulce es devoción característica del Seminario.

Nosotros la amamos mucho: bajo su protección se abren cada año nuestros cursos escolares y con su bendición maternal los cerramos. Sus fiestas son las fiestas principales del Colegio.

Si no me engaño, en toda la Arquidiócesis de Michoacán fue el Seminario el primero en celebrar el mes de María, ese mes tan devoto, tan fecundo, tan lleno de poesía.

¿Quién olvida jamás el mes de Mayo del Seminario? ¿Será ilusión del cariño? ¿será la magia potente del recuerdo? yo no sé, pero ese piadoso ejercicio tiene en nuestra pobre capilla un encanto inimitable: el incienso que allí se quema tiene un perfume singular, los cánticos que allí se entonan llegan hasta el fondo del alma, las flores tienen una frescura de inocencia, y sobre todo, aquella imagen de María Inmaculada que ha visto pasar tantas generaciones de sacerdotes... Yo no sé si tendrá mérito artístico, porque el hijo no analiza si su madre es bella; yo no sé si tendrá mérito artístico, pero tiene una sonrisa tan dulce, una mirada tan pura... A sus plantas se verifica un prodigio: el tiempo pierde su imperio. A sus plantas yo me siento niño, sin amargura en el corazón, sin solicitudes en el alma; niño como hace muchos años, cuando mis ojos limpios se fijaban en su rostro, cuando mi alma ingenua se exhalaba ante ella en una palabra de amor...

Solamente una imagen amamos más que ésta, la de la Reina, la que hizo florecer hace cuatro siglos los rosales del Tepeyac, la que ostenta sobre su frente la corona de amor de un pueblo, la que está indeleblemente dibujada en el alma nacional de mi Patria.

Cada día aumenta en los seminaristas la devoción, el amor tiernísimo y apasionado a la Virgen de Guadalupe y estoy cierto de que mil veces han soñado con ingenuo entusiasmo juvenil consagrarle su vida y morir por ella.

* * *

Mas el centro de la piedad sacerdotal es la Eucaristía. Toda la razón de ser del sacerdocio es el gran misterio del amor.

La Eucaristía y el sacerdocio tienen la misma cuna: el Cenáculo; ambos misterios brotaron de la misma mirada tiernísima de Jesús, del mismo impulso de su amor omnipotente. Juntos han vivido veinte siglos, juntos llegarán hasta el fin de los tiempos: el sacerdocio produciendo el misterio de la Eucaristía con su poder inefable; la Eucaristía creando el misterio del sacerdocio con su fuego secreto, con su sacrificio perenne, con su vida inmortal.

Por eso el sacerdote debe formarse al pie del Sagrario; por eso nosotros llevamos a nuestros alumnos al lugar dulce y silencioso donde los espera Jesús, donde les habla al corazón lo que han de predicar sobre los techos, donde les comunica suavemente el amor que han de derramar sobre el mundo que se enfría.

Gracias a Dios el anhelo de S.S. Pío X se ha realizado en el Seminario de Michoacán; puedo dar testimonio de que todos los alumnos internos reciben diariamente la Santa Eucaristía.

* * *

¿La ciencia y el amor completan la formación sacerdotal? No, falta un rasgo, el más delicado, el más precioso, el carácter específico —me atreveré a decir— del sacerdocio.

Yo no concibo a Cristo sin la cruz: treinta y tres años la llevó en su alma; y un día, el más grande de la Historia, hizo de ella su cátedra, su trono y su altar. La cruz es, como Cristo, de ayer, de hoy y de todos los siglos. La cruz se dibujó en la sinagoga como una esperanza.

El sacerdocio es una cruz, es la cruz de Cristo que llevamos en el espíritu, en el corazón y hasta en la carne. Si el carácter sacerdotal tuviera forma visible sería una cruz; no teniéndola, encierra maravillosamente las realidades que la cruz simboliza: luz, amor y sacrificio. El sacerdote es Cristo; sí, Cristo crucificado.

El seminarista debe ir modelando su alma y su cuerpo conforme a este emblema inmortal. Una leyenda henchida de ingenuidad y de frescura nos pinta al niño Jesús fabricando crucecitas de madera en el taller de San José; los futuros sacerdotes se ejercitan también en el Seminario ensayando la cruz que ha de ser en el porvenir su vida, su fuerza y su gloria.

Cruz es la disciplina, cruz de todos los instantes que engrandece sacrificando todas las facultades humanas. Yo diría que la disciplina hace hombres, si no tuviera que decir algo mejor, que forma sacerdotes.

Austera como la cruz es nuestra disciplina —a muchos parecerá severísima—; pero también, como la cruz, lleva escondidos una dulzura íntima, un encanto varonil impregnado de fuerza y de paz.

Cruz es el aislamiento en que, conforme a las prescripciones de la Iglesia, mantenemos a los futuros sacerdotes.

El Seminario es Nazaret; es el silencio dulcísimo, es la soledad regia donde creció Jesús. El sacerdote es una flor de pureza y de amor que se cultiva en invernaderos, lejos del mundo frívolo y egoísta que la marchitaría con sus cierzos helados y le robaría su fragancia con sus fétidas emanaciones.

Sabedlo, señores, formamos una raza aparte; debemos ser santos, esto es, sin tierra, como enérgicamente lo expresa el vocablo griego.

Debemos ser hombres, sin duda, para comprender todas las miserias y adivinar todas las delicadezas del corazón humano, debemos decir con toda la sinceridad de nues-

tra alma, como el poeta: "*Homo sum, nil humani a me alienum puto,* soy hombre y nada humano lo juzgo extraño a mí"; pero debemos sobre todo, ser dioses, venir de las alturas como mensajeros del Altísimo, embalsamados con las brisas de los cielos y trayendo a las almas el don de Dios.

Por eso separamos del mundo a los seminaristas, por eso hasta en el tiempo tan dulce de las vacaciones los arrancamos de los encantos del hogar y de las caricias maternales; los ensayamos a llevar la cruz, les infundimos el espíritu varonil de aquel que dijo ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Quién hace la voluntad de mi Padre, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

* * *

Tales son nuestros anhelos, Excelentísimo Señor Delegado Apostólico, tal es el Seminario de Michoacán, que os rinde hoy homenaje de veneración y de amor como representante del Soberano de las almas, del dulce Padre de todos los cristianos.

Si queréis que os muestre tangible y viviente el espíritu del Seminario, os presentaré su escudo, el viejo escudo de esta casa solariega.

Arriba, ostenta las armas pontificias irradiando luz; en el centro, campea el águila fuerte y salvaje de nuestros mayores, y orla el conjunto una beca envolviendo una palma de victoria.

En nuestra heráldica sencilla esto significa que para nosotros, por encima de todo, hasta de la Patria, está el Papa, está la Iglesia. Siempre ha sido honor de este Seminario su adhesión inquebrantable y su amor filial al Soberano Pontífice; si por razón de las circunstancias en algo nos hubiéremos apartado, no digo ya de sus mandatos, sino de sus deseos, nos ajustaremos a ellos con toda nuestra alma. Y si he de deciros todo lo que siento, oíd, Excelentísimo Señor: nosotros amamos nuestras tradiciones; por el espíritu y por el corazón estamos fuertemente adheridos al viejo tronco que plantaron nuestros mayores; pero si alguna vez la Iglesia lo ordenara, tomaríamos con mano firme el hacha demoledora y extirparíamos el tronco querido, aunque para ello fuera preciso arrancarnos el corazón.

Después de la Iglesia, la Patria; después de Roma, el Tepeyac; después de las llaves de San Pedro, el águila

caudal de nuestros padres que abatió su vuelo a los pies de la Virgen bendita.

Y rodeando esas dos realidades altísimas, el símbolo de nuestras tradiciones domésticas, el alma del Seminario, envolviendo la palma que simboliza a la vez la victoria y el martirio, porque Cristo enlazó ambas cosas para siempre.

* * *

Si he de deciros a vosotros, jóvenes queridos de mi alma, la última palabra que os digo siempre, la que brota de lo íntimo del corazón; os diré sencillamente que grabéis en vuestras almas, puras y juveniles, en vuestras almas que llevan el sello de predestinación al sacerdocio, que grabéis de manera indeleble el escudo de vuestros mayores. Sabéis lo que significan sus blasones: ¡vuestro espíritu, en Roma; vuestro corazón, en el Tepeyac, y todo vuestro ser clavado en la cruz de Cristo, que es luz y amor y vida y esperanza!''

---

(3) Se encuentran en su obra "JESUS". 4a. edición.—(4) Se pueden ver en su obra "SANTA MARIA DE GUADALUPE". 2a. edición.—(5) Se pueden ver en "ALMAS PROCERES". Todas sus obras se han publicado en esta Editorial. "La Cruz". Apartado 1580. México 1, D. F.—(6) ¡Tan ardua empresa era fundar a la nación romana!"

Mons. Martínez y su correspondencia epistolar

Nada nos revela mejor a un hombre como su correspondencia epistolar. La de Mons. Martínez es deliciosa. En ella se mezclan los elementos más variados: miradas geniales sobre la vida espiritual; consejos prácticos o resoluciones de problemas muy variados, todo ello inspirado en una prudencia consumada; bromas inocentes, pero de un gran ingenio; charlas sobre asuntos de arte o juicios críticos de libros, etc., etc.

Presentamos aquí una carta en que hace el juicio crítico del libro de Jules Lemaître sobre Fenelón, o más bien, sobre Fenelón mismo.

* * *

"No resisto la tentación de escribirte algo de lo que pensé y sentí con la lectura del delicioso libro de Julio Lemaître sobre Fenelón.

No conocía al ilustre Arzobispo de Cambrai; pero, sin saber cómo, me había formado de él una idea que estaba muy lejos de la verdad. Me lo imaginaba un hombre de genio sin duda, pero con un matiz especial: un San Francisco de Sales no muy maduro, un Obispo muy piadoso que había caído en el error del *"amor puro"* por móviles generosos y purísimos. Ahora veo que no es así; es otra cosa.

Al ir surgiendo de las páginas de Lemaître la figura grandiosa y extraña de Fenelón, tuve las impresiones más variadas y aun opuestas respecto de él; sentí a las veces desprecio; a las veces admiración; llegué a sentir hasta lástima; y cuando hube terminado la interesante lectura concluí que Fenelón es verdaderamente indefinible.

Para Lamaître es un místico. Tiene y no tiene razón. No la tiene, porque Fenelón no es un místico genuino; los verdaderos místicos son santos y Fenelón no lo fue, en cuanto puedo juzgarlo.

Pero no cabe duda que la noble inquietud de su corazón, su exquisita sensibilidad, su avidez de lo infinito, son indicios ciertos de que su corazón era un terreno admirablemente propicio para que germinara en él la flor celestial de la vida mística.

El místico es un hombre predestinado para el amor y para el sacrificio, para un amor sublime, para un sacrificio heroico; y Dios, que prepara de ordinario la naturaleza para las misteriosas operaciones de la gracia, forma en los hombres que destina especialmente a la vida mística un gran corazón.

Fenelón lo tenía; Lemaître hace notar con mucha justicia que la sensibilidad del Arzobispo de Cambrai tenía algo de femenino. También San Francisco de Asís tenía algo de femenino en su corazón inmenso; y esto, que pudiera parecer defectuoso a primera vista, es todo lo contrario. El P. Lekeux en su magistral retrato de S.

Francisco de Asís, publicado hace poco en *"La Vie Spirituelle"*, hace esta observación exacta y profunda: *"Les plus beaux types d'humanité, les plus riches, le plus complets, sont ceux en qui se recontrent ces vertus opposées"*. Las almas más grandes y más bellas, o al menos que tienen más poderoso atractivo, son las que enlazan de armoniosa manera las cualidades de los dos sexos. Así son de ordinario los místicos: los hombres, sin perder su inteligencia y fuerza viriles, poseen una delicadeza femenina; y las mujeres, sin perder la ternura y abnegación propias de su sexo, poseen un criterio y una firmeza varoniles. San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús pueden servirnos de tipos.

Pero es indispensable una maravillosa armonía en esos caracteres opuestos, y esta armonía es muy rara.

Parece que es de Platón esta imagen feliz: el corazón y la sensibilidad son dos fogosos corceles cuyas riendas lleva en sus manos la inteligencia. Cuando el auriga es hábil, el espectáculo del ardor moderado por la sabiduría es bellísimo, y tanto más cuanto más fogosos son los corceles.

Pero ¡qué difícil es contemplar este prodigioso espectáculo! Se ven frecuentemente hombres de poderoso criterio pero sin corazón —aurigas expertos que guían su par de Rocinantes—; y mujeres, y hombres también, de corazón tan ardiente y de criterio tan débil, que se extravían y aun perecen en verdaderas catástrofes, porque los ardientes brutos no pueden ser contenidos en su loca carrera por la mano débil e inexperta del auriga.

El secreto de esa armonía solamente Dios lo posee y solamente lo da, al menos en su plenitud, a los santos.

Fenelón parecía predestinado a dar a Dios y a los hombres este sublime espectáculo. Hombre de genio y de firmeza, unía a estas cualidades viriles la sensibilidad y la delicadeza femeninas que se revelan en el atractivo victorioso de su persona, en el matiz de su estilo y de su elocuencia, en lo exquisito de sus gustos y hasta en los caracteres de sus errores y de sus defectos.

Hasta su ambición, que a las veces repugna y que en parte se explica por el tiempo en que vivió, me parece

que tiene su raíz en esa ansia de grandeza, en esa noble inquietud de su alma que solamente la santidad hubiera podido calmar.

¿Por qué no fue santo? ¡Quién puede sondear los secretos de las almas y los arcanos juicios de Dios!

Pero, ya que se trata de soñar dejando que el espíritu vague por las regiones de lo incierto, voy a hacerte una observación un tanto audaz.

¿Recuerdas aquel cuentecillo de un juez que decía a propósito de cualquier delito: *"¡Al grano, al grano! ¿quién es ella?"*, buscando siempre a una mujer en el fondo de todos los dramas?

Pues hace mucho tiempo he pensado que esa pregunta del juez debe hacerse siempre que hay en el mundo algún acontecimiento notable, algo grande y extraordinario, sea para el bien o sea para el mal.

Aquellas palabras del Génesis: *"No conviene que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él"*, no solamente se aplican a la institución de la familia, sino a todas las grandes empresas humanas, inclusive a la santidad que, no por ser empresa eminentemente divina, deja de ser maravillosamente humana. El mismo Lamaître enumera algunos de esos misteriosos pares: *"nous trouvons, près de saint Jérome, Paule ou Marcelle; près de sainte Thérese, saint Jean de la Croix; près de Mme. Swetchine, Lacordaire..."* La enumeración podría continuarse indefinidamente y aun sin consultar libro alguno, únicamente con los recuerdos. Pero ¿para qué? Baste señalar tan sólo que hasta en la obra más grandiosa de la Historia, en la obra divina y humana de la Redención, Jesús tuvo una ayuda semejante a El: la Inmaculada Virgen María.

Lo interesante, lo decisivo para cualquier hombre es encontrar su ayuda; de allí depende su gloria o su fracaso.

Imagínate que Fenelón en lugar de encontrar una semiloca hubiera encontrado una santa auténtica: probablemente hubiera llegado a la santidad a pesar de sus defectos. Porque precisamente los hombres complicados, que

tienen un conjunto de cualidades opuestas, tienen también muchos y terribles defectos; pues cuando la santidad no hace en un alma su obra de armonía y de paz, es casi imposible que no se tenga por cada cualidad el defecto que a cada una corresponde.

Y Fenelón encontró a Mme. Guyon precisamente en el momento propicio para los encuentros, en la plenitud de la vida, cuando el hombre toma definitivamente su camino. Antes de esa época, ni los defectos del hombre son irreparables ni absolutamente sólidas sus virtudes, salvo por supuesto los casos extraordinarios; en la juventud —y esta edad puede alargarse mucho— se prepara únicamente el viaje, se acumulan en la maleta los bagajes para emprender el camino de la vida; y cuando comenzamos a pensar que los preparativos son completos, comenzamos también a esperar algo que no sabemos lo que es, pero que tenemos la íntima seguridad de que vendrá. Entretanto llega, hacemos algunos vuelos de prueba, como los hacen ahora los aviadores, hasta que llega quien ha de venir y nos marca el rumbo definitivo de nuestra vida. Entonces llega el ángel de Dios o el demonio de medio día. A uno y a otro podemos rechazar, porque somos siempre libres; a uno y a otro podemos decir lo que dijo el Bautista: *"¿Tú eres el que ha de venir o esperamos otro?"* ¡Oh! ¡Qué importante es ese momento de la vida! y ¡cómo se desconoce su importancia capital!

Pues en ese momento de la vida de Fenelón, llegó Mme. Guyon y tú sabes lo demás (7), cómo el falso misticismo de ésta engañó a Fenelón.

Muy excusable es por cierto Monseñor de Cambrai, como entonces solían decir; no sé si te darías cuenta exacta de todo el encanto del quietismo y de su parecido sutil con la verdadera mística. *"Nuances"* (matices) finísimas separan apenas las dos doctrinas para los observadores no profundos; y, sin embargo, hay entre ellas la distancia inmensa que separa a la verdad del error, a la vida de la muerte. Como en alta mar, una línea sutil separa apenas el cielo del océano en el horizonte misterioso; y, sin embargo, aquella línea esconde la enorme distancia que hay entre el cielo y la tierra; así sucede en las doctrinas,

sobre todo en las doctrinas teológicas, una palabra que parece inútil, una distinción que se juzga sutil, expresan en nuestro pobre lenguaje el hondo abismo que habrá eternamente entre la verdad, que es imagen de Dios, y el error que la destruye.

¿No encuentra Lemaître los gérmenes del quietismo en San Francisco de Sales, en el santo de la discreción? Imposible que los ojos muy profundos pero muy humanos del poderoso crítico pudieran descubrir las "nuances" que muestran a nuestra torpe mirada la inmensa distancia que hay entre San Francisco de Sales y Mme. Guyon.

Solamente la Iglesia tiene el profundo sentido de esos matices misteriosos, porque tiene el sentido divino de la verdad y de la vida. Solamente Ella sabe hasta dónde llega la tierra y hasta dónde el cielo y guarda con celo heroico esa línea sutil del horizonte, aunque para esto, sea necesario trastornar el mundo.

He aquí pues las tristísimas consecuencias del fatal encuentro. La vida de un grande hombre fracasada (pues esto puede decirse a pesar de los grandes servicios que prestó a la Iglesia y a Francia); lamentables luchas entre los católicos franceses del gran siglo, y el florecimiento de la verdadera mística retrasado dos siglos.

No digo que el caso de Fenelón haya sido causa total de ese retraso; en el ambiente de aquella época estaba el quietismo; pero es indudable que cuando tan sutil error se infiltró en un Prelado que por sus prendas excepcionales y su alta posición sobresalía en una nación gloriosa, como era entonces Francia; todo el mundo debió estremecerse y es natural que haya surgido una reacción, exagerada como toda reacción, contra la mística.

Fueron necesarios muchos años, muchos acontecimientos y muchas gracias de Dios para que la verdadera mística siguiera sobre la tierra su marcha triunfal. Y todavía... todavía... no termina el pernicioso influjo del siglo XVII en la vida espiritual; todavía no se olvidan las luchas doctrinales y las catástrofes morales de aquella época. Y plegue a Dios que no se olviden nunca, no para irse al extremo opuesto al quietismo, tan peligroso quizá

como ese mismo sistema; sino para conservarnos a todos en la santa discreción y en la perfecta fidelidad a la Iglesia.

Por lo demás, a pesar de sus fracasos, Fenelón aparece siempre grande y simpático y más porque las enormes penas de sus últimos años ponen sobre sus defectos la misericordiosa majestad del dolor que redime de las miserias y embellece las almas de manera divina''.

---

(7) Mme. Guyon fue una falsa mística que arrastró a Fenelón a los errores del *"quietismo"*. La Sta. Sede condenó la obra de Fenelón, *"Las máximas de los santos"*, en que defendía los errores del *"amor puro"*; pero fue admirable la sumisión con que Fenelón acató la sentencia de la Santa Sede.

Mons. Martínez, Poeta

Mons. Martínez fue también poeta; pero tuvo siempre el pudor de sus obras poéticas y nunca quiso que salieran del círculo reducido de sus íntimos.

Sólo queremos presentar por ahora una muestra. Es un soneto que no desmerecería al lado de los de Lope de Vega. Es una verdadera joya por su forma y por su fondo sobre todo. Con autorización de Mons., pero con la prohibición de decir el autor, fue publicado en ''La Eucaristía'' (8).

''El fruto de la vid sin el pesado
esfuerzo del lagar no fuera vino,
ni el trigo candeal sin el molino
se convirtiera en pan inmaculado;

si por dolor no fuera transformado
en pan de vida y en licor divino
el amor, no cumpliera su destino
de darse en comunión con el Amado;

sin la Cruz, para mí Jesús no fuera
pan de salud y cáliz de alegría
y El mismo en mi miseria no viviera;

y pues su amor me dio su Eucaristía,
mi amor no fuera amor, si no le diera,
por un milagro de dolor, la mía..."

(8) "La Eucaristía" por J. G. Treviño, pág. 104, 7a. edición. 1953.

* * *

PALABRA FINAL

Era el 14 de abril de 1937. La puerta central de la Catedral de México se le abrió de par en par para que entrara el nuevo Arzobispo de México. Venía desde Morelia, en ayunas, para celebrar la santa Misa después de la toma de posesión de su arquidiócesis.

Cuando se cumplieron todas las prescripciones canónicas, Monseñor subió al púlpito para hablar por primera vez a sus ovejas. La catedral estaba henchida de fieles a más no poder. Y cuando apenas comenzaba a hablar, pasó un percance muy desagradable. El piso de madera, deteriorado por el tiempo, cedió al peso de la multitud y se hundió en la parte cercana al presbiterio, del lado de la epístola. Todas las personas que allí estaban cayeron en un especie de foso, pues la tierra firme quedaba a bastante profundidad.

Fue grande la confusión y la alarma; gracias a Dios, aunque el derrumbe fue aparatoso, no tuvo consecuencias de importancia; pero echó a perder el sermón de Monseñor Martínez.

Cuando se restableció la calma, le pareció conveniente limitarse a decir, en resumen, estas palabras: *"Yo no vengo sino a prometeros una sola cosa: VENGO A DAROS MI VIDA..."*

* * *

Y en verdad que todo el episcopado de Mons. Martínez se redujo a cumplir esa promesa.

Llegó aquí en la madurez de su vida, con una salud a toda prueba, con un temple vigoroso, con unas energías que parecían inagotables.

Y se entregó al trabajo sin tasa y sin medida.

El Sr. Canónigo Joaquín Saenz, que conoció a Mons. Martínez de toda su vida, decía de él:

—*Lo conozco muy bien: es un excelente sacerdote. Pero tiene un defecto: nunca sabe decir "no" a nada.*

Daba a entender que jamás negaba un servicio.

Cuando Mons. Martínez lo supo, con su proverbial buen humor contestó:

—*Lo peor es que no pienso corregirme de ese defecto.....*

Y nunca se corrigió. Su día estaba completamente lleno desde que se levantaba hasta la una de la mañana en que se recogía. Administró la confirmación a centenas de millares; sólo en la ciudad de México confirmaba semanalmente unos dos mil niños, aparte de las confirmaciones que hacía durante la visita pastoral. Por consiguiente, no es exagerado afirmar que confirmó no menos de dos millones de fieles. Cuántas veces los sábados —día en que las confirmaciones eran más numerosas— llegaba a su casa a comer (1) a las 5 ó 6 de la tarde.

Visitó toda su extensa arquidiócesis (2), de climas variados, de comunicaciones difíciles, de poblados poco menos que inaccesibles, como Nanchititla, situada en lo alto de una montaña abrupta y a donde sólo se puede llegar a lomo de mula.

Bautizaba, casaba, daba la primera Comunión a quienquiera que se lo pedía, rico o pobre, conocido o desconocido. Recibía a toda clase de personas durante largas horas del día. Predicaba sin cesar. En la cuaresma empezaban sus tandas de Ejercicios con la semana de septuagésima y terminaba con los sermones de la Semana Santa, y a veces daba dos tandas al mismo tiempo. Recuerdo de un Viernes Santo en que no tuvo tiempo para comer, porque los Oficios y los sermones le llenaron completamente todo el día.

Ya enfermo del mal que lo llevó al sepulcro, un simple sacerdote de una diócesis lejana lo invitó para que predicara en una festividad. A pesar del viaje tan largo y molesto, y de sus achaques, como siempre dijo que sí, y fue a predicar.

De manera que, literalmente, se mató en el trabajo. Dada su férrea constitución, hubiera llegado, humanamente hablando, a una avanzada edad. Pero, con su tren de vida, era imposible resistir mucho tiempo. El buen pastor dio la vida por sus ovejas...

* * *

Por eso, al contemplar a través de nuestras lágrimas sus restos mortales, parecía que nos recordaba su promesa de hace 19 años.

Y con la elocuencia de los hechos, creímos que nos decía: *"Os prometí daros mi vida... Y, ya lo veis...: ¡¡LO HE CUMPLIDO!!..."*

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

(1) En México la comida principal es a mediodía.—(2) Por el número de católicos, la Arquidiócesis de México es la más grande del mundo: más de 4 millones de católicos.

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Director: J. G. TREVIÑO

Apartado postal 1580. Oficinas: Ciprés, 59

Teléfono: 16-03-85 México 4, D. F.

SUSCRIPCION: Por un año $ 8.00. — Número suelto, $ 0.80.

En el Extranjero, Dllr. 1.00.

● A los agentes, descuentos especiales. ● La persona que coloque 10 suscripciones, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

OBRAS DEL EXMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO DE MEXICO

EL ESPIRITU SANTO.—4a. edición.—420 págs. .....$ 12.00
Traducido al inglés.
JESUS.—4a. edición.—352 págs. ....., 9.50
Traducido al inglés.
VIDA ESPIRITUAL.—3a. edición.—(edición española) ....., 12.00
Traducido al inglés.
LA INTIMIDAD CON JESUS.—280 págs. ....., 9.50
EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION.—144 págs. ....., 5.00
LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO.—238 págs. ....., 6.00
SANTA MARIA DE GUADALUPE.—2a. edición, 244 págs. ....., 6.00
ALMAS PROCERES.—186 págs. ....., 6.00
A PROPOSITO DE UN VIAJE.—3a. edición.—172 págs. ....., 6.00
EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR.—2a. edición (ed. española)..., 10.50
EL CAMINO REGIO DEL AMOR.—264 págs. ....., 9.50
FRANCISCO BANEGAS GALVAN, historiador, pedagogo, literato.—Discurso de recepción en la Academia de la Lengua.—LA PERSONALIDAD DE MONS. MARTINEZ.—Contestación del Lic. Alejandro Quijano ....., 4.50
¡VEN JESUS!... meditaciones para Navidad....., 8.25

OBRAS DEL P. J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

LA EUCARISTIA.—7a. edición .....$ 7.25
Traducciones en inglés, francés, italiano y holandés.
CONFIEMOS EN EL.—6a. edición ....., 8.00
MADRE.—5ª edición ....., 7.25
Traducción en holandés.
SENDEROS DE LUZ.—3a. edición ....., 9.50
SENDEROS DE PAZ.—2a. edición ....., 7.25
SENDEROS DE AMOR.—2a. edición ....., 7.25
Estas tres series forman nn pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todo los fieles.
LA MUJER.—2a. edición.—200 págs. ....., 5.00
SI QUIERO, PUEDO SER SANTO.—2a. edición.—234 págs. ....., 7.50
HACIA LAS CUMBRES.—3a. edición.—250 págs. y numerosos grabados ....., 8.00
EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO ....., 5.00
PERFUMES LITURGICOS.—350 págs. ....., 9.50
PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD.—278 págs. ....., 8.00
ESCONDIDA SENDA.—Páginas sobre la vida religiosa. 266 págs ..., 7.50
VIDA.—Reflexiones sobre la vida de la gracia y de la gloria....., 5.00
LA HOSTIA SANTA.—2a. edición. Meditaciones sobre la Eucaristía..., 4.75
REGLAS DE DIRECCION ESPIRITUAL.—2a. edición.—208 págs. ..., 9.50
Traducción en inglés.
CONFIANZA.—140 págs. ....., 4.75
LA SOLEDAD DE MARIA ....., 7.50
VOCACION.—Para orientar a los jóvenes en su vocación....., 7.50
LA DIRECCION ESPIRITUAL DE LA MUJER ....., 4.50
REFLEXIONES Y EXAMENES PARA EL RETIRO MENSUAL ....., 6.75

BIOGRAFIAS

EL P. FELIX DE JESUS.—Semblanzas biográficas del Rvmo. P. Rougier. 280 págs. y numerosos grabados ....., 9.50
UN APOSTOL DE LA CRUZ.—Concepción Cabrera de Armida. 350 págs. y 20 grabados fuera de texto ....., 9.50
ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA.—2a. edición corregida y aumentada ....., 5.50
UN ALMA SACERDOTAL.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera de texto,, 6.00
LA SONRISA DE UN ALMA.—Biografía edificante (agotada)....., 3.00
CLAMOR DE SANGRE.—Biografía de S. Felipe de Jesús y de sus compañeros ....., 8.75

TRADUCCIONES

SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD 6.50
MARIA.—Por el P. Philipon 7.50
EL GENIO CREADOR DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor 1.00
EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor..... 6.00
LA VIDA DE UNION CON JESUS SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY 10.00

OPUSCULOS

MANUALITO DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ.—Opúsculo de 72 páginas, carátula a colores, rústica ..... $ 2.00
LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ.—Su vida—sus fines—su oportunidad. 3a. edición. numerosos grabados ..... $ 3.00
EL SACRAMENTO DE LA UNION CON DIOS.—Instrucciones sobre la Comunión 0.75
EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO.—Instrucciones sobre la Confesión 0.75
BREVE NOTICIA SOBRE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO 2.00
BREVE NOTICIA DE LAS MISIONERAS CATEQUISTAS GUADALUPANAS.—Numerosos grabados 2.00
¡YO LA MATE...! Drama en 5 actos. 3a. edición 2.50
DOS NAVIDADES.—Drama en 7 cuadros. 2a. edición 0.60
NUEVO METODO PARA REZAR EL SANTO ROSARIO. ..... $ 0.25 ejemplar; ciento... 20.00
VIA-CRUCIS.—Edición artística y de lujo. $ 1.25 ejemplar; ciento... 87.50
VISITAS AL SAGRARIO.—4a edición..... $ 0.70 ejemplar; ciento... 56.00

MUSICA RELIGIOSA

DUERME NO FLORES.—3a. edición. Villancico, letra y música..... 0.60
TRILUDIO GUADALUPANO.—3 cánticos populares 2.50
SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ..... 2.50

Obras de la Sra. C.C. de Armida:

ANTE EL ALTAR — ROSAS Y ESPINAS — HORAS SANTAS — ¿QUIEN SERA EL? — CHISPITAS DE AMOR — VISITAS A JESUS SACRAMENTADO — VIDA DE AMOR.

Empastados en tela, $ 9.00. (Rosas y Espinas, $ 10.00 y Vida de Amor, $ 2.00.)

LOS DESIGNIOS DE DIOS vistos a través de **El Condenado por desconfiado** y otras comedias españolas. Por el P. José Ma. Gallegos Rocafull. 304 páginas, esmerada impresión, $ 15.00.

Apostolado Litúrgico de los Misioneros del Espíritu Santo

Ofrecemos a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y fieles, todo lo relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos sagrados, misales, breviarios, liber usualis, misales de Dom Lefebvre para los fieles y demás libros litúrgicos.

Esta obra no tiene ninguna relación con otra que ha tomado el mismo nombre. Pida informes al Apartado 1580, México 1, D. F., o personalmente en las oficinas de esta revista.

Madero 42 - 31

IMP. ALDINA

Junio 1 - 1958

FOR LIBRARY USE ONLY
Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01470 5893